

OCTAVO TRIMESTRE. 23 de abril 1839.

CAPILLADA 137. (85 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit hoc llevaré pe-
des neque caput, anathema sit:*

Si alguno dijere que esto lleva
pies ni cabeza, se le recomiendo al
baron de Meer.

CONC. 5. GER. CAN. 7.

LOS SUEÑOS DE TIRABEQUE.

Buenos días, mi amo.—Así te los dé Dios,
Pelegrin.—¿Ha pasado vd. bien la noche?—
Muy bien, ¿y tu?—Yo perfectamente, señor; he
dormido como un general. Pero he soñado mu-
cho. Yo creo que ha sido efecto de debilidad.
—¿Cómo de debilidad, si cenaste como un epu-
lon? Y por cierto que no habia un motivo pa-
ra que tubieses grande apetencia, porque el
ejercicio que hiciste ayer fue bien poco: todo
el dia te estubiste estacionado en casa.—En eso

no se fie vd., señor, porque yo soy de la condición de las tropas, que cuanto mas quietas están mas comen y mas consumen.—Por lo mismo pienso que la causa de tus sueños debe ser cualquiera otra menos cenar poco. Muchas son segun los médicos, las procedencias que pueden tener los sueños. En mi juicio la mas natural y mas comun es el estar muy afectado de una cosa, máxime cuando esta produce vivas y profundas sensaciones. Por esta razon los enamorados sueñan tanto; y para demostrar á la persona que aman lo mucho que en ella piensan y de su memoria se ocupan, no solo le refieren los sueños que han tenido, sino que tambien inventan y discurren otros que no tubieron para contárselos: invencion ingeniosa, que tiene la ventaja de no ser facilmente desmentida,

Pero tus sueños no deben tener esta procedencia. En ti hay otra causa aun mas influyente y poderosa; y es el desorden en que, aun despierto, tienes continuamente la masa cerebral. De forma que tu lo mismo sueñas despierto que dormido, porque las combinaciones inverosímiles y extravagantes que continuamente te forjas, mas llevan el sello y las apariencias todas de sueños que de realidades.—Paréceme, mi amo, que en esto me hace vd. poca justicia. Por

que si yo sueño despierto, no hago mas que lo que hacen todos los españoles que llevan cinco ó seis años soñando, ó por mejor decir, los llevan durmiendo; y lo peor es que con tantos jarros de agua como les echan no acaban de despertar.—Vamos, ¿y qué es lo que has soñado? Cuéntamelo, porque tus sueños deben ser muy singulares.—Yo quisiera que me dijera vd. antes si los sueños son buenos.—Hubo un tiempo en que se tubieron por advertencias del cielo, y le hubo tambien en que se creyó que eran sugeriones de los malos espíritus. Hubo pueblos en que el arte de interpretar los sueños era una ciencia de mucha salida y mucho valer. Y si atendiste alguna vez á lo que se leia en el refectorio del convento mientras nosotros comíamos y los legos servíais la mesa, recordarás la historia de José en Egipto, y el valimiento y ascendiente que ganó para con Faraon por su habilidad en interpretar los sueños.—Señor, yo entonces no pensaba ni en José ni en Francisco, sino en que despacháran vds. presto para empezar nosotros.—Lo creo muy bien.

Pues como te iba diciendo, Virgilio en el lib. 6 de su Eneida dice que los sueños tienen su morada en el infierno, de donde salen para

estenderse por la tierra por dos puertas; una de marfil, por donde salen los sueños falsos, y otra de cuerno por donde salen los verdaderos. Pero todas estas creencias, ó eran ilusiones de la supersticion, ó fueron ficciones de los poetas. Ahora nadie sueña sino en aquello que le tiene cuenta: y lo mismo te habrá sucedido á tí probablemente. Con que vamos, cuéntame, cuéntame.

Pues señor, lo primero que soñé fué que todos los españoles nos habíamos vuelto bestias....—¡Hombre! Escelente principio de sueño: como tuyo. Precisamente tu padeces de *licantropia*.—¿De qué, Señor?—De *licantropia*, hombre: que es una enfermedad que produce una alteracion tal en el cerebro, que el que la padece se persuade que se ha convertido en lobo, perro, caballo ú otro cualquier animal; y es la que se opina padeció Nabucodonosor, y dió lugar á que se creyese que se habia trasformado en bestia.—Señor, yo no tengo esa enfermedad que vd. dice; y si la tengo no me ha durado mas que una noche.—Vamos, pues prosigue con tu sueño.—Pues si señor; todos nos habíamos convertido en asnos.—Tirabeque, eso sobre ser degradante, es poco decoroso y no debias decirlo.—Señor, asi fue el sueño. Y luego

venia un ministerio y nos ponía una albarda, y venia otro ministerio, y nos ponía otra albarda, y despues otro ministerio, y otra albarda, y otro ministerio y otra albarda, y otro ministerio y otra albarda.... Vaya vd. llevando la cuenta de las albardas, señor, que yo llevaré la de los ministerios.—Por cierto que la cuenta es curiosa. Y bien, si las albardas eran tantas como los ministerios, bastará con que la lleves tu de estos.—No señor, porque algunos nos ponian albarda sobre albarda.—Bien, pues vamos á la suma, que es lo que importa.—Es que en el sueño, como eran tantas, perdí la cuenta, y por eso queria yo que las sumáramos ahora que estamos los dos despiertos.—Vaya, pues sobre docena mas ó menos da la cuenta por concluida, y di lo que sucedió despues.—Despues nos cinchaban bien, y montaban sobre nosotros.—¿Y nosotros qué hacíamos?—Nada, callar y sufrir como burros.—Vaya un sueño particular, hombre.

Pues verá vd. lo mas gracioso, señor. Esto duró hasta este ministerio. Y luego vi, (parece que lo estoy viendo todavia), vi que las orejas de estos ministros les iban creciendo, creciendo, creciendo, y rematando en punta: y que la cabeza se les iba alargando, alargando, alargando.

do.... y los brazos y las piernas volviéndose patas, y los dedos se iban juntando unos con otros, y dejando en medio una hendidura, así como de pezuña; y todo el cuerpo se les iba cubriendo de un pelo muy espeso de color de ceniza; y hacia la parte de atrás les empezó á nacer una cosa así larga que remataba en figura de hisopo....—Hombre eres un Ovidio; no pintó este poeta con más propiedad la transformación de Licaon en lobo, que tanto elogian los literatos, como vas trazando tu la metamorfosis de los ministros en...—Señor, dígalo vd. sin miedo, porque como fue soñando nada tiene de particular.—Y ahí acabaría el sueño, hé?—¿Qué había de acabar? no señor. Después vino el hermano Baldomero, y los puso una albarda á cada uno, y mentó sobre ellos.—Tirabeque, mira que te vas escediendo en todos conceptos.—Si todo esto fue soñando, señor. Y el Barón de Meer cogió una porción de albardas á un tiempo, y plantóselas encima, y en seguida montó también.—Y los ministros de la cola de hisopo ¿qué hacían?—Lo mismo que habíamos hecho nosotros con ellos; callar y sufrir.

Vaya, vaya: qué sueño tan particular. ¿Y después?—Después tuve un sueño así muy confuso. Unas veces soñaba que nos habíamos can-

sado de sufrir, y que habíamos dicho: «fuera albardas» y descargándonos de ellas habíamos empezado á coces, y no habíamos dejado cabeza sana. Otras veces soñaba que venia un extranjero y nos ponía á todos otra albarda mas pesada que todas las otras juntas. Y soñé tambien que esto no llevaba pies ni cabeza.—Anda, anda; lo que no lleva pies ni cabeza son tus sueños.—Señor, no llevarán, porque al cabo son sueños; pero mire vd. que como dice el refran, sueños hay que verdades son (1).

ABERTURA DEL PRÍNCIPE.

Alégrate, España,
festéjate y rie;
alégrate, España,
que el Príncipe vive.

Por fin se puso corriente el Príncipe el sábado. Pero no crean vds. que el Príncipe que se puso corriente fué el Príncipe Metternich, ó algun príncipe ó Archiduque de Austria, que eso, por mas que nos diga desde allá el her-

(1) Despues me ha declarado Tirabeque que la trasformaciones en asnos no debo interpretarlas por relacion á la inteligencia, sino con aplicacion á nuestro inconmensurable sufrimiento, que verdaderamente ya raya en asnal.

mano Cea Bermudez de los efectos que dice va haciendo en los Príncipes del Norte su decantada *Memoria sobre el derecho de sucesion* de nuestra Reina á la corona de España, cuyo documento tiene mi paternidad gerundiana á la vista, todavia lo veo yo un poco turbio. Ni crean vds. tampoco que es el Príncipe ó ex-Príncipe D. Carlos quien se ha puesto corriente por medio de alguna transacion Luchano-Marotina; que como el tal Principíto no se haya puesto corriente de alguna correnca que le haya atacado, por lo demas ya les presentaré yo á vds. en otro artículo otro documentito que les ponga al corriente de lo que podemos esperar de la creida inteligencia entre el hermano Baldome-ro y el pseudo-hermano Rafael. Todo se andará, si la pluma no se quiebra.

Y eso de que acaso alguno crea que el Príncipe que se abrió y puso corriente el sábado fué algun Príncipe que vista pantalones, me recuerda lo que le sucedió en Roma á un flautista de teatro llamado *Príncipe*. Habíase roto éste una pierna en cierta representacion, de cuyas resultas estuvo muy malo. Aun no se hallaba del todo convalecido, cuando un caballero que habia de dar al pueblo unas grandes fiestas, le instó, le importunó, le untó tanto las manos para que se dejase ver en ellas, que al fin el amigo Príncipe, no pudiendo resistir á la fuerza del argumento (¡ó argumento poderoso, que despues de tantos años no has perdido un quilate de tu fuerza!) accedió á presentarse en la escena; y apenas subió á las tablas euando empezó la música á cantar el motete

acostumbrado con que solia dar principio á las piezas dramáticas:

Alégrate, Roma;
festéjate y rie;
alégrate, Roma,
que el Príncipe vive.

Lætare in columis,
Roma, salvo Príncipe.

El simple del flautero, que creia que lo que se decia por el emperador se decia por él, se ensanchaba, se esponjaba, se empabonaba, y se deshacia en cortesías y besamanos para corresponder á los que al parecer tanto festejaban el recobro de su salud. El público que conoció la fatuidad del flautista, reía á carcajada tendida y hacía que la música repitiera el motete. Mi hombre, cada vez mas persuadido á que aquel obsequio se dirigia á él, no pudiendo resistir el peso de tanto aplauso, dice la historia que se tendió á la larga en el púlpito ó tribuna, diciendo: «Señores, no puedo mas.» *Homo meus se in pulpito totum prosternit.* Con esto crecieron las carcajadas, en términos que lo que empezó comedia acabó alegre y divertido sainete.

No fué pues ningun Príncipe que coma y beba, ni toque la gaita, el que se abrió el sábado, sino el teatro del Príncipe, que saben vds. por mi capillada 132 que estaba cerrado. Pero el diablo que asi parece que dispone las cosas de los teatros como las de los ministerios para darme alimento y vida, á mí Fr. Gerundio, que de diabluras me mantengo, que no parece sino que el diablo y yo vamos al par-

tir, como ciertos contratantes con ciertos contratistas, hizo de modo que el que estrenase el teatro principal de Madrid en esta temporada fuese *Un agente de policia*; que este es el título de la comedia que se representó aquella noche, traducida de un *Vaudeville francés* por mi amigo el Sr. Breton, el tocayo del segundo cabo de Cataluña: pues, el que acaba de llevar presos á Barcelona al intendente y á todos los empleados de hacienda de Gerona para juzgarlos *con arreglo á ordenanza* por el feo y horrible delito de haber obedecido las órdenes del gobierno á quien no se reconoce en Cataluña: que no sé qué diablo le ha podido tentar á Breton (el poeta) á meterse á traducir *Agentes de policia*, que es la gente mas intraducible que hay en el mundo; y que aun originales es imposible entenderlos ni atravesarlos.

Pues señor, fui á verlo: ¿qué habia de hacer? A ver si los agentes de policia franceses eran como los españoles. ¿Y quién les parece á vds. que era el tal *Agente de policia secreta*? Pues era *un cura*. Bien digo yo, que el diablo debió andar en el enredo. Que los curas españoles en el tercer ministerio Pita, cuando ni tienen diezmos ni cosa que lo supla; se metieran á *agentes de policia secreta*, si tenian proporcion, ó á cualquiera otra agencia secreta *de pane lucrando*, nada tendria de particular; pero que un párroco francés, siendo primer consul Napoleon, y ministro de la policia Mr. *Fouché*, desempeñara el oficio de agente de la policia secreta, de espía y de soplón; siempre en pesquisa de conspiraciones por las fondas y

cafés, teatros y paseos, eso es lo que solo á una imaginacion poética le pudo ocurrir.

Pues el tal *Miguel Perrin*, que así se llamaba el cura, tenía una sobrinita joven (1), linda y sumamente agraciada; en fin, como que el papel de *Teresa* le hacía la graciosa Teodorita Lamadrid, y está dicho todo. La niña quería casarse con el joven *Bernard*, que había venido á París bajo nombre supuesto, y era un conspirador, sin que de ello se apercibiesen ni por las mientes se les pasase ni al cura ni á la sobrina, los mismos que despues inocentemente le vinieron á descubrir. Pero el cura, despojado de su curato ni tenía para casar á la sobrina, ni para mantenerla siquiera: estaba hecho un cura español de ahora. Hasta que se hizo empleado de policía, y entonces ya se comía en aquella casa.

En el primer almuerzo *de policía* que el cura pudo dar á su sobrinita, ya quiso hablarla de cosas del gobierno; pero *Teresa* con la cafetera en la mano y la gracia en la boca, le dijo con agradable sonrisa: «Tío, dejese vd. ahora de gobiernos: *el mejor gobierno es almorzar*. Lo dijo con tal donaire que de buena gana la hubiera dado un abr... «tente, Fr. Gerundio, ¿qué ibas á decir? Señor, *pequé, habed misericordia de mi.*» Tirabeque se entusiasmó tanto con el dicho que sin poderse contener, «bendi-

(1) Aquí empezó Tirabeque á interrumpirme diciendo: «Señor, también los curas futros tienen sobrinas como los nuestros; y mire vd. que es una muchacha como una paloma.»—Calla, le decía yo, y déjame atender.

ta sea tu casta, exclamó, y qué buena pareja habias de hacer conmigo, muchacha!» Calla, imprudente, le decia yo.—Señor, me reponia entusiasmado; ¡qué máxima! ¡qué máxima, mi amo! Imposible es que en toda la comedia venga ya una máxima como esta. Por fuerza debe ser un autor muy instruido el que la ha compuesto.

Despojado pues, como he dicho, Mr. Perrin del curato de su aldea, se hallaba en París en la mayor pobreza, y vendiendo sus últimas alhajitas para vivir, como los de acá van ya vendiendo las sotanas. Acordóse que el ministro de la poticía era Mr. *Fouché*, su antiguo condiscípulo, y resolvió escribirle para que por uno de los medios tan fáciles á un ministro le emplease en algo en que poder proporcionarse decorosamente la subsistencia. Estando escribiendo, entró el mismo ministro en su casa, se reconocieron, se recordaron mutuamente los juegos de la niñez, lo cual dió ocasion a una escena tan tierna como cómica, y concluyó el *ciudadano ministro* (que así se llamaban entonces) con recomendar al gefe de seccion de su ministerio ciudadano *Besaumais* á su antiguo condiscípulo *Perrin* para un empleo en el ramo. *Besaumais* que no sabia que *Perrin* era cura, le encomendó desde luego el cargo de asistir á todos los teatros, cafés, fondas y sitios públicos mas concurridos de París, y le aprontó de contado veinte sueldos. El cura, que no conocio ni pudo suponer que aquello significase que tenia que desempeñar el oficio de espia secreto del gobierno, no acababa de com-

prender y admirar tanta generosidad y tan gran premio por la sola y hermosa ocupacion de ir á comer á las mejores fondas, y asistir á las funciones mas brillantes de los teatros.

Cuando se volvian á ver, preguntábale *Besaumais* á *Perrin*: «qué tal? qué tal?—Magníficamente, decia el cura. Ayer comí en la fonda del *Cuadrante azul*: escelente servicio: buenos platos: comí opíparamente.» Era la fonda en que se sospechaba se reunian los conspiradores que atentaban á la vida del primer consul; pero de eso el cura no daba razon. No servia para agente de policia secreta: ya se vé, ni él mismo sabia que lo era. De íame Tirabeque: «Señor, paréceme que los ministros francezes no sirven para buscar agentes de policia. Donde está nuestro *Chico*!.... Vaya, no hay otro *Chico* en el mundo.—Dejame ahora de *Chico* ni chica; ¿quién se acuerda ahora de *Chico*?»

Curiosísima é ingeniosa sobre manera estuvo la escena cuando el gefe de seccion descubrió que *Perrin* era cura, el cura supo que habia estado haciendo de agente de policia secreta, al ministro le sorprendió el empleo que *Besaumais* habia dado á su recomendado, y cuando con estrañeza de todos se averiguó que el fingido *Juan Durham*, por otro nombre *Bernard*, el famoso conspirador que tanto les habia dado que hacer, era el novio de *Teresita*. Desenlace sorprendente para todos, y diestramente manejado por el autor.

Pero la comedia empezó despues entre Tirabeque y yo.—Señor, me decia á la vuelta del teatro; no me puedo olvidar de *Chico*.—Hom-

bre, ya me vas moliendo demasiado con tu *Chico*. *Chico* ya no puede figurar en la escena política: el pontificado de *Chico* ya pasó: ¿qué ministro crees tu que había de echar ya mano de él?—Mire vd. mi amo, que si *Chico* hubiera pescado aquellos 20 sueldos que daba el ministro francés al cura todos los días....! Diferencia va de *Chico* á *Perrin*. *Perrin* con 20 sueldos no sabia descubrir una conspiracion, y *Chico* sin sueldo ninguno es capaz de inventar 20 conspiraciones al dia. No, si como el agente fue *Perrin* hubiera sido *Chico*, señor, puede que no durmieramos nosotros esta noche en casa, que desde el teatro puede que nos hubiera llevado á Carabanchel.—Calla, calla, no digas bobadas, ¿quién se acuerda ya de *Chico*?—Señor, guárdese vd. que le vuelvan á nombrar otra vez agente de policía!—Te digo que calles, hombre; parece que estás soñando otra vez.

Cenamos, y nos acostamos; y la primer noticia que semi-oficialmente me dieron el domingo por la mañana, fue que el ciudadano *Hompanera* habia nombrado á *Chico* *visitador de proteccion y seguridad pública de nueva creacion ó sea agente principal de su policía secreta*, con habitacion tambien *secreta* en la casa misma del ciudadano ministro. Cuando lo supo *Tirabeque* me vino diciendo: «Señor, ¿no decia yo bien anoche? Y si sufrimos esto, ¿seremos *asnis burris*, ó no seremos *asnis burris*? A mis sueños me atengo.»



YA VAMOS TRANSIGIENDO:
LO MANDA RAFAEL MAROTO.

Como anillo en dedo de obispo, así me vino á mí Fr. Gerundio, para confirmacion de mi capillada 132, y de lo que insinué sobre transacion Luchano-Marotina en el artículo que antecede, el siguiente recientito documentillo de Maroto á la diputacion facciosa de Vizcaya, que acaba de llegar á mis gerundianas manos.

Consecuente en mis principios, y con lo ofrecido á este pais clásico defensor de ambas magestades (1); y constándome que ha dado ya salida á sus existencias de ferretería en la *contumaz* Bilbao (2) asegurando el importe de ellas en el sagrado de los respectivos hogares de los industriosos cuanto sagaces habitantes: Por tanto, y porque hasta nuevas exigencias del pais conviene evitar toda comunicacion con los *mal llamados liberales* (3), que propiamente son enemigos de la humanidad y de la religion católica apostólica romana (4), encargo y mando á V. S. que desde el dia 12 del presente mes cese toda comunicacion con los pueblos guarnecidos por las tropas de la revolucion (5), y principalmente con *la repetida*

(1) *Fr. Ger.* Ya ves que tenemos transacion.—*Tir.* *rabeque.* No te la pongas.

(2) *Fr. Ger.* Ya vamos transigiendo.—*Tir.* Que es de un tiñoso.

(3) *Fr. Ger.* ¿Lo ves, Pelegrín?—*Tir.* No te la pongas.

(4) *Fr. Ger.* ¿Lo estás viendo?—*Tir.* Que es de un tiñoso.

(5) *Fr. Ger.* Ahí la tienes.—*Tir.* No te la pongas.

contumaz Bilbao (1), exceptuando de esta regla los yecinos de los pueblos que la circundan á una legua en radio.

.....
A cargo de V. S. queda la puntual ejecucion de este mandato, para cuyo cumplimiento es demas recuerde á V. S. su estrecha responsabilidad, y debo advertirle únicamente que lo manda=*Rafael Maroto* (2).=Durango 10 de abril de 1839.=A la M. N. Diputacion de este señorío de Vizcaya.

HAY QUE CALLAR.

Diz que habrá disolucion,
que estos ministros caerán,
y que otros se encargarán
De arreglar esta nacion:

Kirieleyson.

Mas en mi pobre opinion,
si otra tecla no se toca....
pero callemos la boca
y recemos la oracion:

Christeeleyson.

Y ebiton!

Hay que callar,
y por lo bajo rezar

el padre nuestro.

Esto es de Padre Maestro.

(1) *Fr. Ger.* ¿Lo ves bien claro?—*Tir.* Que es de un tiñoso.

(2) *Fr. Ger.* ¿Y si lo manda Rafael Maroto?—*Tir.* Há: si lo manda Rafael Maroto es otra cosa.